CICLO DE CONFERENCIAS EN EL BANCO CONTINENTAL CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA

(5, 12, 19 y 26 de agosto de 1987)

UN CENTENARIO MEMORABLE

por : Estuardo Núñez

El 30 de agosto de 1887 se realizó solemne instalación de la Academia Peruana de la Lengua, bajo la presidencia de don Francisco García Calderón Landa, en el Salón General de la Universidad de San Marcos.

La Academia celebra pues los primeros cien años de su vida, entregada a sus tareas habituales para el cumplimiento de sus fines: el estudio y aceptación de peruanismos y neologismos, el esclarecimiento de dudas respecto al uso del idioma, el seguimiento de falsos vocablos y usos indebidos y la búsqueda de la unidad de la lengua, actuando coordinadamente con las demás Academias americanas y la Academia matriz. Porque la Corporación no actúa sola sino asociada, según un criterio moderno, adoptado hace pocos años, el cual descarta la hegemonía que mantuvo la entonces conservadora Corporación madrileña, hasta comienzos del presente siglo.

Hoy prevalece una corriente de cordial colaboración y se muestra una notable permeabilidad para aceptar las propuestas de incorporación de nuevas voces en el Diccionario oficial, cuya última edición acusa un incremento notable de volumen, tanto en la apariencia física de sus dos tomos, como en su contenido, cada vez más rico en voces provenientes del Nuevo Mundo.

Esta evolución de un criterio restringido en la consideración de la lengua española a una extensa concepción de la misma en todo el ámbito hispánico, se debió sin duda a la acción tenaz de los estudios americanos, animados por un impulso hacia la autonomía y la comprensión amplia del problema del idioma.

Entre todos los insignes cultivadores del estudio de la lengua en América -entre los cuales destacan figuras tan relevantes como Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Rafael María Baralt y muchos más- fueron los peruanos Pedro Paz Soldán y Unanue y sobre todo Ricardo Palma, quienes se mostraron los más pugnaces en defender e imponer las aportaciones propias del castellano en nuestros países. En esta acción de Ricardo Palma es interesante observar cómo la Academia Española de entonces no sólo se empeñaba en rechazar vocablos surgidos en América sino también en imponer caprichosamente vocablos para cosas americanas que no eran usuales en estas regiones. Por ejemplo los derivados de la voz Inca, que la Corporación madrileña dictaminó como "incano" o "inqueño" completamente extraños entre nosotros y a los cuales opuso Palma "incaico" o "incásico", formados y usuales en el Perú.

Pero, como ya se ha dicho, la Academia Española ha evolucionado radicalmente sobre todo desde el ejercicio directo de ese gran representante de la generación de 1927 que es Dámaso Alonso, a cuya acción el Diccionario ha abierto compuertas a la incorporación de americanismos y neologismos, oponiendo al arcaico criterio de casticismo cerrado el nuevo impulso favorable al enriquecimiento y actualización del idioma.

La creación de la Academia Peruana respondió a una antigua tradición creadora de núcleos intelectuales, manifestada desde mucho antes que la Real Academia Española acordara la creación de academias correspondientes en América.

Ese antiguo anhelo se materializa ya en el siglo XVI (antes que en cualquier otra colonia española en América) con la fundación de la llamada Academia Antártica (que agrupó a poetas y literatos peruleros por los años de 1590 en adelante), donde se manifestaron tempranos y maduros talentos como Diego de

Aguilar y Córdoba, Diego de Avalos, Miguel Cabello de Balboa, Diego de Ojeda, Pedro de Oña, Antonio Falcón, Diego Mexía y otros, elogiados por Cervantes y por Lope de Vega.

Podríamos mencionar también a las "Academias de Palacio" que funcionaron en Lima por iniciativa de los Virreyes. Así tenemos la del Marqués de Montesclaros en 1607, la del Príncipe de Esquilache en 1615 y la del Marqués de Castell-Dos-Rius a comienzos del siglo XVIII, en la cual destacaron Pedro de Peralta, Pedro Bermúdez y Antonio de Oviedo y que empezó a funcionar en 1707.

Aun podría considerarse con carácter académico, a finales del siglo XVIII, la "Sociedad Amantes del país", cuyos miembros se propusieron debatir problemas concretos del país, a diferencia de las anteriores que se caracterizaron por su predominante tendencia literaria y retórica. En ella destacaron personalidades tan señeras como Hipólito Unanue, José Rossi y Rubí, el padre Diego Cisneros y José Baquijano y Carrillo, que con otros más fueron colaboradores de su famoso periódico "Mercurio Peruano".

Si bien estas Academias no cultivaron específicamente los fenómenos del lenguaje, no se puede negar que se hizo en ellas buen uso (y a veces hasta excesivo) del idioma.

Pero en el siglo XIX -antes de que existiera nuestra centenaria Corporación- hubo una fundación significativa. En 1867, en plena efervescencia nacionalista a raíz del frustrado intento de reconquista del imperio colonial español, y poco después de la victoria peruana del 2 de mayo de 1866, que le puso término, se creó en Lima la "Academia Nacional de la República del Perú", que presidieron sucesivamente José María Quimper y Francisco García Calderón. Lamentablemente las circunstancias no le fueron favorables. La falta de apoyo económico en época de crisis fiscal y luego el conflicto bélico con Chile, no permitieron su desarrollo. Languideció y murió sin mayor obra pero dejando buen y promisorio recuerdo.

Una década después, en 1887, a impulso de Ricardo Palma, revivió la iniciativa de crear una Academia Peruana, dadas

las nuevas circunstancias que alentaba el cambio de actitud de la Academia Española favorable a fomentar, desde 1871, la formación de Academias nacionales en los países de América. Habían recogido ya ese llamado Colombia (1871), Ecuador (1874), México (1875), El Salvador (1876), Venezuela (1883), Chile (1885) y Guatemala (1887).

El Perú no podría sustraerse a esa corriente continental, ni menos dada su vocación académica latente en sus tradiciones intelectuales que ya hemos reseñado.

Hoy podemos afirmar que la Academia Peruana, depositaria de esa señalada vocación académica y atendiendo a ella, celebra con alborozo su centenario y se encuentra siempre dispuesta a aceptar el reto del presente y los requerimientos de los tiempos futuros.